

grato, del cual esperas una fortuna casi siempre sorda á la voz de los que la llaman.

»Me parece que el último rayo de nuestra esperanza acaba de desaparecer.

»Te abraza con profunda tristeza tu tío

SANTIAGO DE BRANDES.»

«P. D. ¡Todo nuestro edificio reposaba sobre tí y tú lo derribas!»

Puso el sobre y bajó a las cuadras.

—Ensilla un caballo, ordenó á su criado.

Montó y se lanzó al trote largo, á través de los bosques, hasta llegar á Rouvres, en donde puso la carta en el correo.

—La recibirá mañana—pensaba.—Tal vez sea demasiado tarde!

Por la primera vez en su vida se sentía completamente enervado, abatido, sin fuerza y sin valor.

Veía á Germana más hermosa que nunca, como se le habia presentado en la habitación del interno, y rechinando los dientes, pensaba:

—¡Ah! ¡si estuvieras aquí y leyeras en mi alma, cómo gozarías!

VIII

El fuego y el hielo.

El muelle de los Agustinos es un sitio que no tiene nada de encantador, sobre todo por la noche.

Casi desierto durante el día, es lúgubre cuando ha oscurecido.

Sus viejos edificios, con fachadas semejantes á las caras de los leprosos, están lejos de producir un efecto poético, y la decoración está mal elegida para hablar de amor.

La del jardín de Fausto, bajo un rayo de luna, nos parece preferible.

Sin embargo, á aquel sitio triste y lúgubre, era adonde llevaba Servoz á su compañera.

Juana sentía el corazón oprimido, tanto por el aspecto de aquella tenebrosa vía, como á la idea de lo que iba á oír.

Servoz, por el contrario, abrigando la idea de un próximo triunfo, del cual no dudaba, gozaba de antemano de la conquista de aquella adorable joven, al rededor de la cual tantas ambiciones se despertaban.

—Os doy gracias por haber venido—la dijo.—

No podeis comprender hasta qué punto me li-
sonjeais.

Juana levantó hacia él sus grandes ojos.

—¿Y si hubiera rehusado?—le preguntó.

—Hubierais hecho mal—le contestó termi-
nantemente.

—Por eso no lo he hecho.

Iban el uno al lado del otro.

—Cojeos de mi brazo—la dijo;—iremos me-
jor. ¿Quereis?

—Como vos querais.

Juana contestaba con tono tranquilo; pero
añadió en seguida:

—Mi hermana se retira temprano. Si no me
ve en casa estará inquieta; sed bastante bueno,
señor Servoz, para decirme pronto lo que espe-
rais de mí.

Esta sencilla explicacion produjo el efecto de
una ducha en el cerebro del Saboyano, que es-
taba en ebullicion.

—¿Tanta prisa teneis por saberlo?

—Sin duda.

—¿Y no lo habeis adivinado?

—No en verdad.

—¡Ah!—dijo Servoz algo cortado.

Le era preciso buscar el medio de empezar
su explicacion.

En el fondo no era difícil abordarla; Servoz
tenía práctica; pero con aquella naturaleza de
sensitiva era preciso estudiar los términos.

—¡Diablo!—murmuró acariciando su corto y
rizado bigote.

Y de pronto, tomando su partido, añadió:

—Veamos; ¿vos teneis talento!

—¡Lo ignoro!

—¡Si—afirmó Servoz,—lo teneis, y grande!

—¡Oh!

—Dejaos de falsas modestias. Yo no soy ni
sordo ni ciego. He notado que lo teneis desde
el primer día.

—Sea. Lo admito por no deteneros más tiempo.

—Sabeis perfectamente que sois muy her-
mosa.

—Como querais.

—¿Por no hacerme perder el tiempo?—pre-
guntó Servoz.

—Sí, justamente... por eso.

—Pues con vuestro talento comprendereis sin
trabajo que es imposible veros y permanecer
frio como una nevera de mi país.

—¿Lo creeis así?

—Estoy seguro de ello.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Por mí mismo, por mis impresiones, por
lo que veo y por lo que siento! Lo que os voy á
decir hoy, otros os lo dirán mañana ó dentro de
ocho días. Vamos á porfia por ver quien ob-
tendrá lo que yo quiero para mí, para mi solo.
¡Desde lo más alto á lo más bajo, en el almacén,
todos los ojos están fijos en vos y os devoran!
¿No lo estoy viendo yo? ¡Y cómo los otros, más
tal vez, desde que estais en mi seccion, tengo
la cabeza llena de vos! Si salgo, tengo prisa
por volver para veros. Me escondo detrás de
los maniquis para examinar á placer vuestro
talle, que me hace temblar; vuestro color, que
me dá vértigos, y vuestros asustados ojos, que
me atraviesan el corazón. No me ocupo de los
asuntos. Los olvido, á pesar mio; cometo tonter-
ia tras tonterias... ¿Quereis pruebas?

—Es inútil.

—No soy yo el único que se encuentra en ese
estado. El señor Plessis, que ántes no venia á
los almacenes dos veces al mes, pasa ahora en
ellos todo el día. La señorita Amada se ha fija-
do ya en esto. Tratará de haceros daño, pero
yo os defenderé... ¡si quereis!

Se volvió hácia la jóven y la dirigió una ar-
diente mirada.

—¡Tambien ese odioso Venotte anda á vues-
tro alrededor, porque os ha guiado en vuestro
debut! Yo os daría veinte recomendaciones si
por desgracia tuviérais necesidad de ellas. ¡Yo
espero que tendreis bastante buen sentido y
bastante buen gusto para no caer en sus redes!
¡Eso sería un verdadero suicidio!

—Os figurais unas cosas!...

—No, no—repuso vivamente Servoy,—estoy seguro.

Juana tambien lo estaba, pero no entraba en sus planes dar á entender nada.

Servoz, electrizado, la oprimia amorosamente el brazo. Ella se desprendió de él sin afectacion y marchaba á su lado como al principio de aquel paseo nocturno.

En aquel momento llegaban al Puente Nuevo, por el cual pasaron, encontrándose otra vez en las soledades que se extienden en las inmediaciones del Instituto.

Aquella travesía produjo un entreacto en las declaraciones de Servoz.

Pero el telon se levantó en aquella pieza de tres personajes, cuando llegaron á la calle Gueugaud, sitio apropiado para los misterios.

Decimos de tres personajes, porque á la misma distancia que estaba de ellos cuando partieron de la fuente de San Miguel, seguia Venotte siempre á los dos principales actores y ejercia sobre ellos una esquisita vigilancia.

El jefe de la seccion de confecciones, juzgó llegado el momento de concluir.

Además, la proximidad de aquella jóven tan fresca, tan encantadora, de aquella belleza tentadora, le sacaba de sus casillas.

—Escuchadme—la dijo—y sobre todo entendeme. Si almas frias como la del patron y la de ese imbécil de Venotte, se dejan conmover por el encanto que en vos encuentran, juzgad si yo puedo permanecer insensible. Nosotros los montañeses de los Alpes tenemos pasiones más vivas que las gentes de los países de la niebla. No es leche ni agua lo que corre por nuestras venas, es lava encendida como la que corre por las pendientes del Vesubio. A los diez y ocho años, me batí á muerte por una muchacha que no valia tanto como vuestro dedo meñique, y me hubiera hecho matar por ella sin pestañear. Tenemos la cabeza caliente, y cuando los obreros de mi país están en la taberna ponen sus

cuchillos sobre la mesa para hacer uso de ellos á la menor cuestion.

Hé aquí cómo somos. Os he visto y me prometí que seriais mia, solo mia, y que nadie tocaria ni aun á vuestro cabello sin mi permiso. Estais espuesta á que os despidan del almacén cualquier dia. Necesitais una sólida proteccion para sosteneros en él. El patron no se atreve á negarme nada. He hecho mis pruebas y él sabe que en otra parte me ofrecen una posicion más ventajosa que la que tengo en su casa. ¡Yo os defenderé! ¡Pero es preciso que me deis derecho para hacerlo! Y además, yo os haré ascender con rapidez. Puedo aseguraros que en todo París no encontrareis una posicion que valga tanto como la que os quiero dar dentro de algun tiempo. ¡Con circunspeccion... preparando el camino!

Juana se mordió los labios, pero no se irritó.

—¿Sabeis—le dijo—que estais terrorífico? Todas esas historias de cuchillos, de asesinatos, esas amenazas de despedida, me intimidan y me hacen olvidar, os lo aseguro, la parte... sería... de vuestras declaraciones. En fin, si os he comprendido bien, me decís que me amais ¿no es eso?

—¡Si, os amo, sí, os adoro!—respondió Servoz con voz vibrante, en la cual se notaba el desco.

Juana hizo un gesto de incredulidad, y con timidez, sin incomodarse, repuso:

—¡Preciso es que lo probeis!

—¿Pero no es eso lo que os ofrezco?

—¡Oh! nó nos entendemos. Yo no sé si en vuestras montañas hay costumbres que no comprendo, pero imagino, y esto será tal vez tontería, que el amor de un hombre por una jóven honrada, está formado por un poco de respeto y por mucha abnegacion; que un verdadero enamorado ensaya conquistar el corazon y no imponerse; que suplica y no amenaza. Me habeis pedido una cita; no os la he negado. Vale más que entre nosotros la situacion esté clara,

sin ambigüedades. Sed franco. ¿Qué queréis?
¿Que sea vuestra querida?

—Pero....

—¡Respondeme con franqueza!

—Pues bien, sí, es verdad; no puedo veros sin deseáros. ¿Es esto un crimen?...

—No sin duda; y os aseguro que no os quiero mal por habérmelo dicho; pero á mi vez os pido una gracia.

—¿Cuál?

—Ignoro lo que me reserva el porvenir. Mi juventud ha sido muy desgraciada. Somos pobres. Mi hermana y yo debemos trabajar para ganar nuestra vida. Estoy dispuesta á soportarlo todo por conservar mi colocacion, cumpliendo lo mejor que pueda con mis obligaciones. No me despidáis... No tendreis, me atrevo á decirlo, una empleada ni mejor ni más fiel; pero... ¡si es preciso venderme para conservar mi colocacion, no me venderé!

—¡Juana!

—¡Llamadme señorita Aubin!—dijo Juana con firmeza.—Tan solo al pensar en la venta que me proponéis, me avergüenzo... mi corazón se subleva, y si diera mi consentimiento creo que una hora despues vendria aquí, á este muelle en donde estamos, y me arrojaría al agua para expiar mi cobardia.

—¡Ya os suavizareis!

—¡Lo dudo!

—La esperiencia....

—No creo que me haga cambiar.

—¡Amais á otro tal vez?

Juana movió la cabeza.

—¿Quién pensará en mí?

—¡Me detestaréis acaso?...

—¿Por qué?

—Por lo que acabo de deciros.

—¿Es que las jóvenes pobres no están condenadas á cirlo todo? No, no os aborreceré. Pero ¿qué opinion formaríais de mí si yo cediese, y si por la esperanza de un favor, que otras más antiguas merecen más, pisoteara mi pudor de

mujer y comprara ese favor á un precio que no me atrevería á declarar? ¡Sed generoso! ¡Olividad esa locura!

—¡No lo esperéis!

—Pero...

—Sería preciso ser de piedra para no arder á vuestro lado. Inspirais ideas del otro mundo. ¡No seais cruel! ¿Qué es lo que os pido? Una de esas debilidades tan comunes que el secreto envuelve y el secreto absuelve. Si accedeis, ¿quién lo sabrá?

—¡Yo! ¡Y os aseguro que no me lo perdonaría!

—¿Sereis inflexible?

—Así lo espero.

—¡Oh! ¡reflexionareis!

—Está ya reflexionado.

—Sea; hablaremos de esto dentro de algunos dias. Otras muchas que han dicho lo mismo, se han vuelto atrás de su palabra.

Servoz procuraba contenerse, pero le costaba trabajo conservar su sangre fria.

Su cal eza ardia.

Jamás le habia excitado ninguna mujer hasta tal punto.

La resistencia digna y triste de la joven le exasperaba.

Sintió un furioso deseo de decirla:

—¡Yo soy el amo y obedecerás!

¡Que le hablaba de pudor ofendido y de honor!

¿Se creia por casualidad una duquesa ó de otra sangre que las demás?

Toda su brutalidad nativa, le sacudia los nervios.

Iba á estallar, cuando Juana le miro con firmeza á la luz de un farol en una de las esquinas de la calle Bonaparte.

La limpidez de aquella mirada le dominó como la de ciertas mujeres doma á las fieras de las colecciones.

Juana se dirigió hacia la calle Vizconti.

Servoz la siguió maquinalmente hasta su puerta guardando silencio.

Allí la cogió la mano izquierda, y oprimiéndola con fuerza entre las suyas, la dijo:

—¡Os amo, y de grado ó por fuerza sereis mía y no de otro!

Juana no contestó: llamó, le saludó con aire de suave reprensión, casi suplicante, y desapareció.

Cuando pasaba por delante de la porteria, el abuelo Gombault la llamó.

—Entrad—la dijo.

Colette estaba sentada al lado de un joven y conversaba amistosamente con él.

A la llegada de su hermana se calló.

Aquel joven era el vecino de enfrente, el interno del hospital Cochin, el baron Andrés de Fresnaye.

IX

Contraste.

Juana vacilaba en entrar.

—¿Es que os asusto yo, señorita?—preguntó el interno.

—¡No, no señor!

—¡Qué tarde vienes!—dijo Colette besando á su hermana.—¿En dónde has estado?

—Te lo diré más tarde, cuando estemos solas—dijo al oído á la mayor.

—Te esperaba hablando con el abuelo Gombault, cuando ha llegado este caballero.

Juana parecía trastornada.

Lo estaba en efecto, y hasta el fondo del alma.

Las palabras de Servoz la sonaban en los oídos. La exaltación del Saboyano no se le había ocultado.

Temía sus consecuencias. La brutalidad de sus declaraciones, de su exposición de principios, como él decía, no eran de naturaleza tal que le hicieran entrever un porvenir de color de rosa.

Si era preciso oír otro tanto todos los días y

luchar de aquella manera para conservar la colocacion, esta no era sostenible.

Tenia además a la vista el ejemplo de otras, de todas esas pobres jóvenes cuya suerte no era mejor que la suya, y quienes, á parte de algunas excepciones, de viciosas ó de astutas que ensayan acapararlo todo y no retroceden ante ningun medio para llegar á su fin, se mostraban buenas y complacientes para con ella.

Pero la pesadilla de aquellas exigencias, que previa y cuya perspectiva la habia mostrado Servoz sin miramiento alguno, pesaba sobre su espíritu.

Se sentia humillada, ofendida, casi manchada por aquellas atrevidas proporciones.

Disfrazaba la verdad cuando afirmaba á Servoz que no le detestaria por su audacia y por el desprecio á su honradez que envolvian sus pretensiones.

Le queria mal por su cinismo.

Y verdaderamente le odiaba ya.

¡Cómo! ¿creia él que cederia á sus intimaciones y que pagaria con su honra el privilegio de permanecer á su servicio para ganar su pan!

¿Es que verdaderamente habia desgraciadas reducidas á semejante indignidad?

¿Era posible esto?

¡Eso debía ser, puesto que Servoz parecia estar tan seguro del triunfo! Porque todo en su voz y en su actitud indicaba la certeza de ser obedecido.

¿No la llamaba Juana simplemente como si hubiera sido su querida desde hacia algunas semanas?

Se habia contenido delante de él replegándose sobre sí misma, con ese instinto de la defensa, tan natural en todos los seres animados; y además se alegraba de haberle dejado hablar deseosa de saber el punto en que se pararia y lo que tenia que esperar ó temer.

Pero ahora la reaccion se operaba y arranques de cólera se le subian á la cabeza y la aturdián.

—¿Qué tienes?—la dijo Colette interrogándole con una mirada.

—Nada—contestó Juana, esforzándose para sonreír.

—Es un círculo esta noche vuestra casa, abuelo Gombault—dijo.

El buen hombre guiñó un ojo y torció la boca con su malicia ordinaria.

Se prestaba á toda clase de interpretaciones aquella mueca que le era tan familiar.

—Un círculo, sí,—dijo—el círculo de la juventud, un círculo en donde hay mujeres. ¡No faltarian socios en mi círculo si supieran lo que en él se vé! ¿No es verdad, señor de Fresnoye?

El interno creyó necesario explicar su venida.

—Aubry me ha escrito—dijo. Olvidó en un armario una media docena de frascos de medicamentos. Entre ellos los hay que serian peligrosos, laudano, por ejemplo. Y queria prevenirselo al abuelo Gombault.

—Los he encontrado yo—dijo Colette,—arreglando nuestros efectos. Frascos azules.

—Justamente; ¿los teneis?

Colette mintió entonces descaradamente.

—Creo que los he tirado—dijo.

Estaba segura de lo contrario.

—Estais advertidas.

—Estad tranquilo. No somos ya niñas.

—Y me he quedado hablando—continuó el interno.—Es una antigua costumbre. ¿Qué de *soirées* hemos pasado en este jardin!... ¿No es verdad, abuelo Gombault?

—Sí, y estoy seguro de que el señor Aubry las echará de menos más de una vez. ¡Esa es la mejor época, la época de estudiante!

El hielo estaba roto.

Juana se habia sentado al lado de su hermana.

—¿Os vais acostumbrando á vuestras ocupaciones?—las preguntó Andrés.

—Sí, si señor... ciertamente.

—Sin embargo, son nuevas para vos, y penosas algunas veces.

—Sí...—dijo Juana suspirando.

—¿Habeis tenido una juventud más feliz?

—¡Sí en verdad!

Y al decir esto, sus párpados medio se cerraron.

—¡Sobre todo, ántes... hace mucho tiempo... cuando éramos niñas!—añadió.

—¿Por qué ántes?

—Porque éramos libres y no dependíamos mas que de un padre y una madre á quienes amábamos y quienes nos amaban. Éramos pobres, más pobres de lo que podeis figuraros; pero no es uno desgraciado porque sea pobre. Teníamos aire, libertad, el mar delante de nosotros... ¡Y se necesita tan poco para vivir!...

—¿El mar?—preguntó el interno.

—Sí, nuestro padre era pescador. Era valiente, bueno y hermoso.

Y mostrando á su hermana continuó:

—Como ésta: Colette es su retrato....

Juana se interrumpió de pronto y dijo:

—Pero no hablemos más de esto. ¡Son demasiado tristes estos recuerdos, y están ya tan lejos!

Andrés la suplicó con una mirada.

Ella habia hecho un movimiento para levantarse y salir.

La mirada era tan dulce, que se quedó.

—¿Por qué habeis entrado en esa casa, en donde la vida es tan penosa y donde hay tantos amos?—preguntó el joven.

—La casualidad. Abandonábamos la casa en donde nos habian educado para venir á buscar una colocacion en París. En el tren que nos conducia venia con nosotras un inspector de ese almacen. Nos ofreció su proteccion. Nos aprovechamos de ella. ¡Sin él, hubiéramos buscado tal vez en vano! Por otra parte, ¿qué hubiéramos podido hacer? ¿Adónde ir? ¿A quién dirigirse?

—Hubiérais podido ser señoritas de compañía

—dijo el interno para prolongar la conyersacion, pero sin conviccion.

Andrés tenia bastante experiencia para saber que no hay muchos medios de vivir para una mujer.

—¿No era eso tambien una esclavitud?

—¿Institutrices?...

—¡Para ganar cuarenta francos mensuales en un colegio, y aun esol!...

—Aprended un oficio, costureras, modistas ó floristas, y estableceros más tarde.

—No estais en lo cierto. ¡Hacer competencia al Louvre, al Bon Marché, á tantas otras casas colosales! Yo bendeciria mi suerte si me creyera segura de conservar mi colocacion, aunque es muy insignificante. Al menos por la noche vuelve una á ser dueña de sí misma, y en nuestra habitacion estamos en nuestra casa.

—¿Temeis perder la colocacion?

Juana hizo un gesto de duda.

—¿Quién sabe?—dijo.

—¡Ah! ¡vos teneis suerte en ser rico, señor baron—observó Colette con un poco de burla—y sobre todo en ser hombre!

—¿Lo creeis así?

—¡Todas las carreras están abiertas para vos, mientras que para nosotras!...

—Cometeis un gran error desde luego—objetó Andrés.

—¿Cuál?

—Soy baron, es verdad, pero no soy rico.

—¡Bah!

—Es tan cierto que debo considerarme muy feliz en haber entrado en el Hospital como interno. Allí gano por todos estilos: primero, porque puedo instruirme curando á los enfermos.

—¿Y despues?

—¿Es necesario deciroslo todo?

—Sin duda.

—Despues, porque economizo mi manutencion, y además me pagan...

—¿Cuánto?

—Poco más ó ménos tanto como á una criada.

—¡Oh! ¡un baron!—dijo Colette.

—No tengo más parientes que un tío que me ha educado. Este no posee más que una casucha situada en medio de unos malos bosques, en el cantón más salvaje de la Normandía. Mis padres no me dejaron nada al morir. Murieron jóvenes. Ese tío me ha educado y se ha empeñado para educarme.

—¿Se llama?—preguntó Colette.

—El baron Santiago de Brandes. Lo que me pasa para que viva le pone en un apuro cada día mayor y aumenta el déficit de su pobre presupuesto. Así es que es una buena fortuna para mí poder aliviarme en parte de una carga tan pesada. Ya veis que mi baronía no me hace millonario.

Se explicaba con una sencillez extrema.

El sonido de su penetrante voz llegaba al corazón de Juana.

Esta le escuchaba sin mezclarse en la conversación, sintiendo una especie de molestia indefinible, cuando los ojos del interno se fijaban en los suyos; pero aquella molestia no se parecía en nada á la que le causaban las miradas ardientes y duras de Servoz.

Al contrario.

—¿Qué hareis despues?—preguntó Colette.

—El porvenir es dudoso. Quisiera quedarme en París, hacerme célebre, ganar mucho dinero...

—¡Bien os lo decia yo...—interrumpió la mayor de las dos hermanas—os gusta el dinero!

Andrés movió la cabeza sonriendo.

—No—dijo—¡No por mí!

—¿Por quién, pues?

—Por mi tío, primero. ¡Que no pueda yo devolverle centuplicados los sacrificios que por mí se impone y todo lo que contribuye á que la vida sea larga y próspera!

—¿Le amais?

—¡Cómo no lo he de amar! ¡No me ha servido de padre? ¡No ha reemplazado cerca de mí á los que tuve la desgracia de perder?

—¿Por qué habeis dicho primero?—repuso Colette muy inquieta.

—¿Cómo?

—Habeis dicho: Primero por mi tío.

—Sí.

—¿Y despues?

—Despues, por la mujer á quien ame y que participe conmigo de mi buena ó mala fortuna. ¡No es la mayor de las felicidades poder colmar de bienes, rodear de bienestar á aquella á quien se ama y de la cual ha hecho uno su compañera; poder decir para sí que ella nos lo debe todo: reposo, seguridad, fortuna, lo que es nuestro orgullo y nuestra felicidad? Hé ahí por qué soy ambicioso, señorita...

—Colette—dijo la morena.

Y cambiando de asunto, añadió:

—Es muy hermoso lo que decís; pero tambien era muy bonito lo que cantaban la otra noche en vuestra casa.

El interno se puso sumamente colorado y dijo:

—¿Oisteis?

—Sí. El cantor poseia una hermosa voz.

—¿Pero la letra?

—Cogimos alguna palabra... ¡Oh! pero muy pocas.

—¡Entre estudiantes!...

—¿Era vuestra la letra?

—¡Una bromal... ¡Sabeis música?

—En otros tiempos... Juana sobre todo. Digo en otros tiempos... porque me parece que el pasado está ya medio siglo detrás de nosotros... Aquí, ni aun piano tenemos.

—¡No me atrevo á ofreceros el mío! Es horriblemente malo. Sin embargo, ¡hago tan poco uso de él!...

—Gracias, caballero—respondió Juana levantándose.

—Al aceptarlo, me complaceriais...

—Pues bien, más adelante veremos—dijo Colette—pero ahora nuestro trabajo es tan penoso y todas las noches venimos tan cansadas...

tan molidas.... Pero nos acostumbraremos a él, con el tiempo.

Colette se había levantado también.

—¿Os marcháis ya?—preguntó Andrés.

—Es preciso.

—Buenas noches, pues—dijo Andrés suspirando.

—Buenas noches—dijo Colette—y soñad con la fortuna... ¿Vienes, Juana?

—Sí.

Y como la noche de su primer encuentro con Aubry y Andrés en la portería, cambiaron dos palabras de despedida con el interno.

—¡Caballero!...

—¡Señoritas!...

Pero esta vez hubo un progreso.

Aquellos saludos fueron acompañados de un amistoso apretón de manos.

Y aun pareció a Juana que los dedos del joven temblaban al contacto con los suyos.

—¡Y bien!—dijo el abuelo Gombault, cuando las dos jóvenes desaparecieron—¡Son hermosas mis inquilinas!

—¡Demasiado hermosas!—murmuró Andrés.

—¡Es una desgracia no ser millonario!

—¿Para qué?

—¡Para sacarlas de la angustiosa situación en que se hallan!

—Otros se encargarán de eso.

—No digáis eso abuelo Gombault.

—Y oid... ¿quereis saber mi parecer? Si la rubia ha entrado tan trastornada—miraba hacia atrás cuando entró—es que alguno la acompañaba.

—¿Quién?

—¿Qué se yo quien? ¡Cualquiera! ¿Creeis que las dejarán descansar? ¡Canallas! ¡Os lo digo con verdad, hay muchos de un extremo a otro de París! ¡Ah! ¡cuanto he visto y cuanto he oído! ¿Quereis tomar el freseo un rato? Podeis pasear por el jardín.

El portero encendió la pipa y se apoyó en el tronco de un castaño, mientras el interno dió

una vuelta por el *parterre*, embalsamado con los perfumes de los jacintos y de los geranios, primorosamente cuidados por el viejo jardinero.

—Todo es fresco en nuestra casa, hasta los habitantes ¿no es verdad?—dijo el conserje.

Andrés le estrechó la mano, y se marchó.

—¡Un enamorado más!—pensó Gombault.—
¡Se engaña si cree que no se le conoce! ¡Cuántas cabezas van a trastornar estas jóvenes!..
¡Con tal de que tengan firmeza.

—Sabes?—dijo Colette a su hermana cuando estuvieron en su habitación—ha estado en la tienda...

—¿Quién?

—El señor Salvador.

—¿Le has visto?

—Estaba yo cerca de la puerta cuando entró.

—¿A qué iba.

—A pagar cuentas.

—¿Te ha hablado?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Tonterías! ¡Que por qué trabajo tanto! ¡Que me es fácil ser rica y no hacer nada! Y ha añadido: «¡No estareis más tranquila en cualquier otra casa que aquí! ¡Ya lo vereis!» En todas ellas siguen la misma marcha.

Juana frunció las cejas.

—¿No te ha dicho más?—preguntó.

—Sí. Como en Montiers: «¡Os amo y sé que vendreis a buscarme! ¡Os espero! No tengo prisa, ni siento inquietud.» ¿Ves qué insolentes son los hombres?

Juana cogió a su hermana por la cintura y mirándola con cariño la dijo:

—Lo sé por experiencia.

—¡Oh! ¡también tú!—dijo Colette.

La estrechó en sus brazos y una lágrima rodó por sus mejillas.

Que la persiguieran a ella, que la trataran con aquella audacia, no la admiraba. Y aun

quizás en el fondo no se ofendía tanto como hubiera querido. Pero que no tuvieran consideraciones con Juana, a quien ella colocaba en el fondo de su alma, por encima de todo, y cuyos grandes ojos reflejaban la belleza y el azul del cielo, era el colmo de la perversidad y la ponía fuera de sí.

—¿Es eso lo que querías decirme?—preguntó a Juana.—¡Bah, nos defenderemos!

Juana tenía para protegerla, no solo el cariño tan decidido de su hermana, sino también la ternura de otro, el amor que sentía nacer en el corazón del interno, amor que ella sentía por Andrés, y que ocupaba ya tanto sitio en su corazón, que no quedaba en él lugar para ningún otro.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO GARCÍA"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

El tío y el sobrino.

El interno abandonaba la casa de la calle Vizconti en un estado de turbación extraordinario.

Turbación deliciosa que todos los enamorados han conocido!

Decía para sí, que había encontrado la mujer ideal que soñaba, que ninguna otra podría reemplazarla, y que no podría olvidarla aun cuando se lo propusiera.

La imagen de Juana, estaba de tal modo grabada en su imaginación, sus facciones se imprimían tan clara y profundamente en ella, que nada podría borrarlas ya.

La había visto a satisfacción. Había oído su voz, que penetraba hasta su corazón y hacía vibrar todos sus nervios; había, por decirlo así, respirado aquel perfume de gracia, de pureza, de amor, que Juana exhalaba como una flor de primavera.

Andrés salía embriagado.

Le parecía—¿era una ilusión?—que los ojos de la joven se fijaban en él con complacencia, que existía entre ellos una corriente de simpatía y,